

EL primer problema grave que se presenta a la Democracia Cristiana Italiana tras su XIV Congreso es de muy difícil solución: Ni más ni menos, quién ha vencido. Para dar respuesta a tan insólita pero crucial pregunta, los delegados, conscientes de la complejidad del tema, han concedido con enorme disgusto plazo hasta el 12 de marzo. Ese día se reunirá el Consejo Nacional que acaba de ser elegido, y sus ciento noventa y seis componentes —que son los nuevos "dirigentes" y no los nuevos "jerarcas" del partido, como se le escapó ante el micrófono al anciano senador Gonella— decidirán a quién corresponde ocupar la secretaría y a quién la presidencia. El diputado Donat Cattin, uno de los pequeños vencedores relativos, pero que confiesa no saber quién ha vencido en realidad, advierte para que luego no haya sorpresas y lamentaciones: "Como la secretaría sea débil y la presidencia la ocupe Andreotti, él será el verdadero amo".

Se sabe que los democristianos más proclives a un entendimiento futuro con el Partido Comunista han perdido la secretaría al retirarse Benigno Zaccagnini. Se sabe que el 59 por 100 de los delegados asistentes dijo "no" a la hipótesis de un Gobierno con el PCI, mientras que el 41 por 100 ni siquiera dijo sí. En este terreno, la situación es todavía peor que antes, porque ese resultado obligaría a celebrar un nuevo Congreso para dar luz verde a la posibilidad de un Gobierno compartido con los comunistas, cuando hasta ahora hubiese bastado con un acuerdo tomado en una sesión de Consejo Nacional. Y se sabe poco más, mientras suenan las plegarias que llaman a la necesaria unidad.

Los datos objetivos que garantizan por unas semanas la incógnita de cómo será la Democracia Cristiana de los años ochenta son éstos: el área Zaccagnini, que es también la de los herederos de Aldo Moro, obtiene el 29 por ciento de los votos de los delegados, lo que le supone 46 consejeros; pueden sumársele los andreottianos, con un 12,5 por 100 de votos y 20 consejeros. Frente a ellos, los fanfanianos (Fanfani, Forlani).

Empatan con los andreottianos en porcentaje y consejeros,

pero se suman con la corriente fuerza nueva (Donat Cattin, Rumor, Colombo), que dispone del 17,5 por 100 de votos y 28 consejeros, más ocho consejeros autónomos (Prandini, Mazzota, Scalia, etc.), y, eventualmente, con los doroteos del actual presidente de la DC, Flaminio Piccoli (24 por 100 de votos y 38 conse-

neros del Consejo Nacional: con toda seguridad, el Vaticano se habrá recuperado de la sorpresa, al menos aparente, que le produjo el informe Zaccagnini al plantear un tímido avance en la espinosa cuestión comunista y formulará algunas sugerencias a sus hombres de confianza: la Embajada norteamericana orga-

en el mandato Zaccagnini, el secreto de la gran fuerza de la DC reside en que sobre ella confluyen dos grandes corrientes: la vinculada al gran capital, que puede ampliarse al mismo tiempo hacia una inmensidad de empresas de tipo medio, y, por otra parte, una extraordinaria corriente popular que va desde trabajadores industriales, campesinos funcionarios de todas las edades hasta pequeños empresarios y comerciantes.

Un pequeño ejército de dirigentes sindicales de empresas pequeñas y medianas forman parte de esa corriente popular que lleva un enorme caudal de votos a las candidaturas democristianas, en las provincias más industrializadas, Varese (Lombardía) y Vicenza (Veneto); donde el fascismo persiguió en los años veinte y treinta también a los dirigentes sindicales democristianos, se produjo en 1945, tras la liberación, un reingreso de esos dirigentes en las fábricas en medio de una aureola de prestigio que han sabido mantener. Son esos los puntos en los que la Democracia Cristiana se parece más a un partido estructurado mientras se confunde con el típico partido de opinión en la mayor parte de Italia.

Todavía ese partido de opinión muestra una extraordinaria complejidad y riqueza al mismo tiempo en los mecanismos de relación con el electorado; así, mientras en amplias zonas del Veneto juega la estructura eclesiástica un importante papel en esa relación, al igual que amplias zonas del Mezzogiorno, en la zona del Lazio, esencialmente en Roma, el partido FSE confunde extraordinariamente con los resortes burocráticos y llega a articularse a través de ellos en amplias áreas.

Ciento noventa y dos hombres y sólo cuatro mujeres —entre ellas la vicepresidenta de la Cámara de Diputados, Maria Martini, y la ex ministra Tina Anselmi, ambas elegidas en la lista de Zaccagnini— decidirán el 12 de marzo el embrión de la Democracia Cristiana de los años ochenta, es decir, la línea política y los dos máximos responsables de iniciarla, para ese gran conglomerado de intereses y peculiaridades que constituye el único partido de la Europa Occidental que lleva treinta y cuatro años manteniéndose en el poder y que acaba de autoconcederse una prórroga para su uso exclusivo. ■

La incógnita DC



La celebración de su XIV Congreso ha puesto de manifiesto que la Democracia Cristiana Italiana es tan ingobernable como Italia. En la foto: Francesco Cossiga, presidente del Gobierno italiano y miembro de la DC.

MANUEL CAMPO VIDAL

jeros). Esta es la radiografía de la DC que ha dado su XIV Congreso. El diagnóstico es dramático: la Democracia Cristiana es tan ingobernable como Italia; el acuerdo entre sus corrientes internas se hace cada vez más difícil: los equilibrios más precarios; los plazos para la búsqueda de un punto de convergencia que permita avanzar, cada vez más interminables.

Si siete días de sesiones y seis noches de insomnio negociador no han bastado para encontrar una línea política, un secretario y un presidente, en veinte días escasos habrá que ingeniar una complejísima jugada de ajedrez que sirva para construir una mayoría de la que saldrán los máximos dirigentes, en esos veinte días de plazo, mientras los delegados del ya fenecido Congreso han vuelto a insertarse en el tejido social del que emergieron, es otro tipo de presión el que se dejará sentir sobre los compo-

nizará en ese plazo algún discreto almuerzo de trabajo con algún influyente democristiano para comentar la difícil situación creada, al igual que los dirigentes de la Confindustria, la gran patronal italiana.

La fuerza popular de la DC y la otra

Las corrientes internas son admitidas y tienen sentido en cualquier partido interclasista: existen unos intereses generales que se entienden como coincidentes y unos matices particulares que exigen, para su adecuada defensa, una expresión parlamentaria interna. El caso de la Democracia Cristiana Italiana es un ejemplo particularmente interesante de esa intensa vida interna, hasta el punto de que su Consejo Nacional se conoce como el "parlamentino". Para Luigi Granelli, responsable de las relaciones internacionales del partido